

Revolución

Seudónimo: Kee Shaik

En medio de una asamblea, Olmeda siente la vibración de su móvil. Piensa que debe ser uno de esos mensajes alentadores que recibe a diario desde que dos meses atrás iniciara, junto a otros jóvenes intrépidos, el encierro en la Escuela de Arquitectura; palabras de ánimo que ayudan a perseverar en su intento por defender una causa justa, loable, la causa de unos estudiantes inquietos, preocupados por su futuro, que abogan con entusiasmo y vigor por la aprobación de planes de estudios competitivos, coherentes y adaptados al tiempo actual; que persiguen el aumento del presupuesto para las becas de estudio, para ayudar a las familias más desfavorecidas; que buscan trabajos proporcionados y respetables con retribuciones dignas y competitivas, trabajos que no sean alevosos y que, lejos de resultar esclavizadores, ayuden a afianzar los conceptos adquiridos durante la etapa universitaria desarrollando funciones que, en definitiva, hagan frente a la avaricia y vileza de todos aquellos empresarios ruines y miserables que no ven más allá de los límites de su beneficio económico. Aprovecha el discurso de uno de los líderes del movimiento estudiantil para echar un vistazo al móvil y responder con prontitud. Es consciente de que tienen el apoyo de otras escuelas y facultades y de una amplia red de medios de comunicación que recaban a diario toda la información que se ha generado durante la jornada. Sin embargo, en esta ocasión se trata del Ministro, un viejo conocido de su etapa universitaria con quien ya solo comparte las ruinas de un ideal quebrado, desvanecido, y las inalienables arrugas de la edad. Solo tiene que leer su mensaje un par de veces más para memorizarlo y creer que, bajo la sutilidad de estas palabras, se esconde el mensaje velado de una amenaza clara, contundente. “Olmeda, déjalo ya. Ya has hecho bastante el ridículo. Esta vez has ido demasiado lejos”.

El catedrático de Materiales de Construcción advierte que es un mensaje directo, que no da opción a la réplica ni al diálogo, unas palabras bajo las que subyace un mensaje demoledor. De pronto, Olmeda piensa en su chalé en una distinguida urbanización a las afueras de la gran urbe, en su lujoso apartamento de la playa con vistas al mar, en su selecta colección de coches y en todas esas prebendas que ha ido recibiendo de constructores y subcontratas arribistas a lo largo de varios lustros en los que, aparejada a su labor docente, ha ejercido como arquitecto municipal de la gran urbe. Piensa en todo ello y se pregunta qué hace aquí, por qué se ha dejado engatusar por el mensaje revolucionario de jóvenes entusiastas a los que triplica la edad.

–Olmeda, no seas iluso –le dijo un compañero de la Universidad tras su última desilusión–. Podrías ser el padre de todos ellos. Dedícate a vivir la vida. Por fortuna, sus problemas no son los tuyos.

Durante un tiempo, Olmeda creyó que su compañero estaba en lo cierto, especialmente desde que aquella joven tan atractiva que le sedujo durante la visita al esqueleto de hormigón de un edificio majestuoso dejó de interesarse por él cuando, después de renunciar a encabezar una revuelta estudiantil, se fijó en un joven intrépido con el que no podía ni quería competir. La experiencia con aquella joven que podría ser su hija le hizo replantearse la relación con sus alumnos, le granjeó muchas enemistades en el entorno de la comunidad educativa y terminó por romper su deteriorado matrimonio.

Hasta que llegó Paula.

El torbellino. El huracán. Veinte años de pura adrenalina, de juventud tan arrolladora como sugerente. Ella, entusiasta y provocadora, le hizo creer que el cambio, después de una crisis brutal, era posible y necesario. Cuando quiso darse cuenta, Olmeda ya estaba atrapado de nuevo en las redes de una joven espontánea, audaz, viva.

Después de numerosas conversaciones y de la primera noche de sexo con ella, Olmeda creyó que, efectivamente, era posible y necesario un cambio; que solo había que poner de manifiesto aquello que sí se podía hacer desde las aulas universitarias: articular un discurso coherente, sensato y reivindicativo, y mostrarlo con acciones de fuerza, desde la misma Escuela, con un encierro sonado y arengando a los del exterior aprovechando la influencia de las redes sociales.

Sin embargo, el Ministro se lo ha dejado claro. Esta vez ha ido demasiado lejos. Esta vez, aunque sienta la necesidad de querer liderar una revuelta auténtica, verdadera, poderosamente auténtica y verdadera, aunque exista una especie de anhelo que pretenda certificar que está siguiendo el camino correcto, adecuado, cree que el Ministro tiene razón. Es la hora de retirarse y renunciar a un sueño, a un ideal. Los intereses de estos jóvenes ilusionados no son los suyos. Ya no.

Ahora es Paula la que toma la iniciativa de la asamblea. Olmeda observa cómo se refiere a sus compañeros con una ilusión desbordante. La joven tiene carisma y una intuición muy aguda. Ahora no sabe cómo desacreditarla, cómo decir que es la hora de recoger los bártulos e irse de allí. No lo sabe, como no sabe las heridas que se abrirán en el ánimo de Paula, pero es consciente de que si el Ministro ha tomado las riendas de este asunto, no puede andarse con titubeos y es por ello que, después de guardarse el móvil, pide silencio antes de agradecer a todos el esfuerzo que han hecho durante estas semanas, su implicación, pero que, lamentablemente, tiene que comunicarles que, aunque no han conseguido sus objetivos, el encierro ha llegado a su fin. De pronto, después de abrir el territorio hostil de la incertidumbre, ante decenas de gestos de incompreensión, estallan las protestas, las voces, los gritos de quienes quieren que no se rinda, que todavía hay mucho por lo que luchar. Sin embargo, Olmeda ya no tiene más palabras y piensa que, aunque las tuviera, estas ya carecen de sentido. En medio del

murmullo generalizado, se dirige hacia su despacho para recoger sus pertenencias antes de iniciar la retirada definitiva. Avanza sin mirar atrás, con una sensación de desnudez, de desvalimiento, de desamparo, como si las palabras que acaba de pronunciar fueran el mensaje espurio de un condenado a muerte que, ante todo, busca su salvación personal.

–Olmeda, no puedes hacernos esto –le dice Paula, con el gesto contrariado, incapaz de comprender lo que está pasando en la mente de quien considera es su pareja.

–¿El qué?

–No puedes retirarte. Estamos a punto de conseguir aquello que queremos. Solo tenemos que hacer un último esfuerzo.

Olmeda la mira a los ojos y acolcha su cuello con sus manos.

–Es hora de que lo dejemos ya, de que abandonemos. Ya hemos hecho bastante el ridículo. Esta vez hemos ido demasiado lejos.

Paula lo mira con incredulidad.

–¿Cómo?

Olmeda no sabe qué decir.

–Sabes que esto supone el fin de todo, ¿verdad?

Él lo sabe. Es consciente de ello.

–De todo.

Olmeda humilla el gesto y accede a su despacho para recoger sus pertenencias.

Sabe que es el fin de todo.

De todo.